

¿Qué es la identidad?

¿Qué es la identidad? ¿Y en qué sentido podemos hablar hoy de una crisis de identidad o incluso de una desaparición de las identidades? Vivimos en una época que busca dejar de lado la identidad. ¿Qué significa tener una identidad hoy? Para intentar dar una respuesta, primero debemos comenzar desde la filosofía y, en particular, propongo comenzar desde un lugar remoto en el tiempo y el espacio que es el jardín de Hannover, donde Leibniz en el siglo XVII dijo que tuvo una experiencia divertida y al mismo tiempo curiosa. De hecho, el filósofo Leibniz dice que se divirtió mucho en el parque de Hannover cuando vio a las damas de la alta sociedad, que disfrutaban buscando en el prado, hojas que fueran perfectamente idénticas. Una de estas gentiles mujeres de la Sociedad de la época creía que había encontrado dos hojas de arce perfectamente idénticas. Instantes más tarde admitió que no eran exactamente idénticas. Él cuenta esta anécdota, para luego teorizar ese principio que lleva el nombre de "identidad, de los indiscernibles", el principio establece que si dos sustancias fueran perfectamente idénticas, entonces en realidad serían una sola sustancia.

Esta anécdota puede ser útil como introducción para aclarar que, de hecho, la globalización contemporánea es como si estuviera tratando de producir una identidad absoluta entre sustancias. Produciendo una especie de homologación a escala planetaria, que llevaría a que todo fuese igual. ¿No es la globalización la época en la que todo se ve impulsado a ser igual? ¿No es quizás desde cierta perspectiva, desde un punto de vista de la globalización, el momento en que todo debe ser lo mismo, renunciando a sus propias especificidades, para asumir los rasgos típicos de la mismo. Quizás sea esta consideración a través de la cuál podemos comenzar a razonar sobre un tema tan decisivo en la historia de Occidente, como es la identidad.

En términos generales, la identidad alude a esa característica... a esa serie de características, en virtud de las cuales, una entidad es ella misma, y no la identidad de otras.

Identidad sería como la misma palabra lo dice, con su referencia a los mismos elementos... La identidad significa, ser igual a uno mismo y distinto de lo otro de sí mismo.

Y la identidad es ese algo, ese algo que hace a una entidad idéntica a sí misma, Ese algo que tiene una identidad a través de la diferenciación con respecto a la otra de sí misma. Esta podría ser una primera definición, una primera aproximación de definición, sobre el concepto así articulado de identidad.

La identidad por lo tanto como la esencia que hace a una cosa idéntica a sí misma y se distingue de otras, por lo tanto no sea las otras.

Ahora ya con esta primera determinación genérica del concepto de identidad, podemos reflexionar, sobre el hecho de que la identidad trae consigo el concepto de diferencia.

No puede haber identidad si no hay diferencia.

Dicho de otra manera, una entidad puede ser idéntica a sí, puede tener una identidad consigo misma, aunque sólo sea por diferenciarse de la otra que no es.

Aquí vemos entonces que el concepto de identidad, que según todo lo anterior parecía ser el concepto más obvio e inmediato, implica toda una serie de complicaciones que deben ser analizadas.

Podríamos decir, para retomar el título de un importante escrito de Martin Heidegger. "Identidad y diferencia". que identidad y diferencia forman, por así decirlo, una relación dialéctica inseparable y esencial. Solo hay identidad donde hay diferencia, y solo hay diferencia donde hay identidad.

En otras palabras, el mundo, como la "realidad omnipresente", como la totalidad de los sentimientos, podría entenderse como una relación de identidad y diferencia entre entidades. ¿Qué otra cosa es el mundo en su determinación ontológica básica, sino una multiplicidad de entidades que son idénticas a sí mismas y diferentes las unas respecto de las otras. Tienen su propia identidad en la medida en que difieren de las demás. Esto significa precisamente que solo hay identidad donde hay diferencia. Y decir que una cosa no es, nos recuerda a Platón en "el sofista"; no significa admitir el no ser, como creía Parménides.

*En el diálogo "Sofista" de Platón, se aborda la diferencia entre el filósofo y el sofista, destacando la importancia de la verdad y la falsedad en la búsqueda del conocimiento. Parménides, con su teoría del ser y la imposibilidad del no-ser, representa un obstáculo para la argumentación platónica sobre la existencia del no-ser y la posibilidad de la falsedad, que es fundamental para definir al sofista como un productor de imágenes engañosas.*

Decir que una cosa no es, significa decir que es diferente de otra. Decir precisamente que la silla no es la mesa significa reconocer la identidad a través de la diferencia.

Un mundo en el que no existieran diferencias sería, por lo tanto, un mundo sin identidad.

Podríamos decir que identidad y diferencia van de la mano. Sin identidad no hay diferencia.

Esta determinación básica del concepto quizás nos permite comprender en términos muy generales por qué el mundo de la globalización, del cual somos habitantes dispuestos o no dispuestos, es un mundo que procede en la dirección de lo que también podríamos definir como "desidentificación", es decir, la pérdida de la identidad por parte del ente. Estamos ante una tendencia hacia la homologación planetaria. Como decíamos antes...

Y este fenómeno, hace que la identidad y las diferencias caigan juntas, ya que es un mundo sin identidades, es un mundo sin diferencias, es un mundo de lo igualmente indiferenciado o, si lo prefieres, un mundo de la homologación planetaria. Esto nos permite razonar sobre el hecho de que las cosas tienen ciertos límites como dijo el poeta Horacio.

Las cosas tienen fronteras ciertas. Para ponerlo en términos ontológicos. Los entes tienen fronteras precisas que los hacen ser ellos mismos al diferenciarse de los demás.

Y es en el concepto de frontera que tal vez deberíamos pensar cuando hablamos de identidad y diferencia. Porque la frontera es lo que hace que sea diferente de los demás. La frontera y el concepto de identidad, proceden juntos, no podría haber diferencias en la identidad si no hubiera fronteras que hagan que las cosas sean diferentes entre sí tengan su propia identidad. Esto también significa que necesitamos comprender la frontera de una manera diferente a la que estamos acostumbrados a comprenderla en el momento de la globalización.

Nuestra época, la globalización, sólo conoce muros o cruces fronterizos. Los cruces fronterizos son la práctica típica de los mercados que debe ocupar el planeta entero. Como ya decía Marx en el manifiesto del partido comunista "La tendencia del capital es la de saturar el planeta entero transformándolo en un lugar de intercambio mercantil bajo la tutela del capital"

Sin embargo, esta tendencia hacia la inclusión neutralizante típica del capital, produce simultáneamente la construcción de muros, que al principio parecen ser la frontera, pero en realidad son, , su perversión. Mientras tanto el cruce libre de la fronteras causa la pérdida de las identidades. Debido a que la práctica de cruzar libre la frontera que se justifica ahora como la inclusión, ahora como la exportación de derechos y civilización, en realidad, no hace nada más que incluir neutralizando, incluye las identidades de otros al neutralizarlos e imponerles por la fuerza hacer y ser todos lo mismo. Y al mismo tiempo que la globalización eleva muros donde le conviene. Pienso que hay numerosos muros que han caracterizado de forma cada vez más creciente la era posterior a 1989. La era que curiosamente comenzó con la caída de un muro. Luego vio el triunfo de nuevos muros en cada rincón del planeta. Casi como si los fragmentos del muro de Berlín aludieron más que al final de los muros, a la multiplicación indefinida de fragmentos del muro en sí.

Bien, la globalización, de esta manera niega el concepto de identidad y de diferencia. De una parte con la libre frontera . Todos hacen lo mismo. Y de otra, con los muros crecientes que no son fronteras que hacen posible la relación entre la identidad y la diferencia. El muro es un borde aparentemente engrosado, verticalizado y materializado, pero que en realidad niega la esencia misma de la frontera. Ya que la esencia de la frontera es la permeabilidad. La frontera, diremos con Kant, no es una barrera que se cierra, es un límite, un umbral, un verde que se abre en el acto mismo con el que se cierra, un umbral que se puede cruzar de forma regulada. Bajo esta mirada , podemos decir realmente que el muro al menos tanto como la frontera mata la idea del borde, que también le gustaría fortalecer. Porque la frontera relacional debería ser precisamente esto, en teoría, la relación entre la identidad y las

diferencias. La identidad existe en la relación con la diferencia. Puedo ser plenamente yo mismo en la medida en que conozco mi alteridad con respecto a ti, y, por lo tanto, la identidad y la diferencia, son actores de una relación dialéctica. Si se remueve esta relación dialéctica, la identidad y las diferencias se pierden juntas, tal como sucede con el cruce libre de fronteras, tal como sucede con los muros que están aumentando en una medida cada vez mayor en la era de la globalización. Solo dos fenómenos, eso sí, aparentemente opuestos, pero en realidad secretamente complementarios, porque igualmente niegan la idea de la frontera, así como la de una posible relación. Podríamos decir que esta tendencia a trascender fronteras es tan antigua como el mundo. En el Génesis ya encontramos una primera narración.

*La Torre de Babel es una historia bíblica del Antiguo Testamento, narrada en el libro del Génesis, que explica el origen de las diferentes lenguas del mundo. Según la leyenda, los descendientes de Noé, tras el diluvio, decidieron construir una ciudad con una torre que llegara hasta el cielo para hacerse un nombre y evitar ser dispersados por la tierra. Dios, al ver su arrogancia, confundió sus lenguas para que no pudieran entenderse y así evitar la construcción de la torre, lo que provocó su dispersión por toda la tierra.*

Dios quiso castigar a estos hombres restaurando la multiplicidad de lenguas, culturas e identidades. Dado que el mundo existe, como decíamos, como una pluralidad de identidades y de diversidad a nivel social, político y antropológico, el mundo existe como una pluralidad de culturas, lenguas, historias y tradiciones —dijo el filósofo Herder—, ¿Que es la pluralidad de culturas, lenguas, tradiciones? Es la forma en que Dios camina en la historia de la humanidad.

*El pensamiento de Herder se puede definir como las fuerzas creativas que habitan inconscientes en cada pueblo y se manifiestan en creaciones propias de cada pueblo, sobre todo la lengua, pero también la poesía, la historia o el derecho.*

Y quizás nuestra era feliz, que Nietzsche define como la era de la muerte de Dios; también se caracteriza precisamente por este estado de ánimo, cuando una única forma de ser, vivir y pensar se impone al mundo entero, con la anulación de todas las culturas, civilizaciones y diferencias. Precisamente porque recordamos que las diferencias y las identidades están unidas y no pueden anularse sin, de hecho, proceder en la dirección de la desidentificación de la que hablábamos...

Aquí reside el engaño del multiculturalismo, tal como lo celebra la globalización capitalista. El prerrequisito para su existencia debería ser la existencia de identidades plurales que dialoguen entre sí. Pero si la globalización, como hemos dicho, coincide con la estandarización forzada del mundo mediante la producción de la misma auténtica inautenticidad a escala planetaria, se deduce geométricamente que también faltan las bases mismas de un posible multiculturalismo. Las bases para la existencia del multiculturalismo serían precisamente aquellas identidades y diferencias que la marcha triunfal de la globalización progresiva niega implacablemente. Por eso, el único multiculturalismo que propone la globalización es un falso multiculturalismo, que en realidad es una occidentalización del mundo o, como diría Giacomo Marramao la transición del mundo entero a Occidente, a menudo en formas que son todo menos idílicas. Creo que se encuentra una imagen poderosamente evocadora en esos anuncios que muestran a niños con diferentes colores de piel, vestidos de pies a cabeza con la misma ropa y los colores uniformes de la globalización. En realidad, pretenden valorizar la pluralidad reduciéndola en el mismo acto a lo mismo mediante el cual homogeneizan. El verdadero respeto multicultural se lograría mostrando a niños de diferentes tradiciones culturales, cada uno reflejando su propia identidad, historia y cultura, en lugar de reducirlos a todos y cada uno al paradigma del falso multiculturalismo occidental.

En este sentido, podemos afirmar con certeza que la globalización capitalista actual tiende a neutralizar las identidades y las diferencias cuanto más pretende valorizarlas. También podemos decir que la relación entre identidad y diferencia se describe magníficamente en un

breve texto de hace unos años titulado "El Intruso". "El Intruso" es un texto magnífico, recientemente debatido, que aborda precisamente la relación entre identidad y alteridad. "Entre el yo y el tú", si quisiéramos usar las palabras de Martin Buber.

*La filosofía de Buber se centraba en el encuentro, o diálogo, del hombre con otros seres, particularmente ejemplificado en la relación con otros hombres, pero que en última instancia se basaba en la relación con Dios y apuntaba a ella . Este pensamiento alcanzó su máxima expresión dialógica en Ich und Du (1923; Yo y Tú)*

"El Intruso" es una obra de Jean-Luc Nancy, un filósofo francés recientemente fallecido, autor de un texto, que aborda precisamente la relación entre identidad y alteridad, entre nosotros y ellos, reflexionando sobre la extranjería y la relación entre el yo y el otro a través de su propia experiencia con el trasplante de corazón al que se sometió.

¿Qué tiene esto que ver con la identidad y la diferencia? Es relevante porque no se dijo que el trasplante de corazón fue exitoso precisamente porque, por un lado, supimos acoger al intruso, al otro, y por lo tanto supimos acoger la otra identidad. Pero para acoger otra identidad, esta debe integrarse en el cuerpo que la acoge, no abrumarlo, así como el cuerpo que acoge no debe atacar, por ejemplo, al cuerpo acogido con una reacción inmunitaria. Lo que se necesita es una relación de apertura. Una relación de reconocimiento de la alteridad y la diferencia. El verdadero multiculturalismo, entonces, es aquel que respeta la identidad del otro mientras es respetado por el otro. Es, por lo tanto, una relación. Esto todavía nos permite pensar en el tema diciendo que el enemigo hoy —si queremos hablar de un enemigo— no es solo una identidad diferente a la nuestra, sino también una identidad **fuerte y diferente a la nuestra**. El enemigo es alguien que, carente de identidad, pretende provocar la destrucción de todas las identidades. En este sentido, el enemigo no es alguien cuya identidad es diferente a la nuestra, sino el nihilista imbuido de la nada que busca destruir todas las identidades para que la nada reine suprema y avance sin oposición. Al igual que en la famosa película basada en un libro igualmente hermoso, La historia interminable, es la nada la que avanza y lo devora todo. Y la cultura griega nos enseña que el primer paso hacia una relación con la otredad presupone abrirnos a ella sin renunciar a nuestra propia identidad.

Y la espléndida imagen, en la espléndida escena del encuentro entre Glauco y Diomedes en la Ilíada y la relación con el “xenos”, con lo extranjero, no se da en términos de una renuncia a la propia identidad para abrirse al extranjero. Al contrario, es precisamente porque yo, un griego, tengo una fuerte identidad fuerte, que puedo abrirme a la tuya, sin pedirte que renuncies a la tuya ni, a su vez, a la mía. El diálogo presupone diferencia e identidad en el diálogo. Una vez más, tenemos mucho que aprender de la civilización helénica, más aún si consideramos los recordatorios del orden actual del discurso cosmopolita, que exige a cada pueblo renunciar a su propia identidad para abrirse a la de los demás. Al hacerlo, conduce a la pérdida de todas las identidades y a la producción de un diálogo que no es realmente un diálogo, sino un monólogo masivo entre culturas vaciadas de sí mismas y reducidas a cáscaras llenas de los contenidos producidos ocasionalmente por ese alambique que es la globalización, que transforma todo en mercancías circulantes, produciendo por doquier figuras seriales de consumidores post identitarios, condenados simplemente a hablar el inglés de los mercados y el lenguaje de las mercancías y el intercambio.

También podemos decir, en este sentido, que otra forma de vaciamiento de la identidad es lo que el sociólogo Ritz Herrera ha definido como la «McDonald's acción de la Guerra»: la transformación de todo el mundo de la sociedad en un McDonald's donde prevalecen por doquier la misma racionalidad productiva, los mismos gustos, las mismas modas y las mismas tendencias. En este sentido, la falsedad del discurso cosmopolita contemporáneo, que evoca continuamente la idea de una humanidad unificada, también es claramente visible. Evoca constantemente la idea de una humanidad unificada, olvidando que la humanidad existe concretamente en las culturas, lenguas y tradiciones que la pueblan. Si quisiéramos expresarnos en sintaxis hegeliana, podríamos decir que la humanidad es un universal concreto. Es decir, existe precisamente en las particularidades concretas que la animan. Así, amar verdaderamente a la humanidad significa respetar la pluralidad caleidoscópica de culturas e identidades que la componen. Mientras que el discurso cosmopolita evoca la idea unitaria de humanidad con el objetivo de neutralizar la pluralidad de culturas, lenguas e identidades, produciendo en última instancia el «falso

universal humano», que en realidad es el resultado mismo de la globalización desidentificadora y homogeneizadora. Este también es uno de los principales engaños de la globalización capitalista.

Y es precisamente por estas razones que entendemos por qué y por qué el discurso capitalista contemporáneo odia tan descaradamente la identidad. Identidades culturales, religiosas y políticas, identidad de clase, identidad de género, la identidad como tal.

La batalla del capital hoy es también, y no secundariamente, una batalla contra las identidades. En este sentido, lo que propongo llamar el teorema de la «antiidentidad» es válido. Se dice que, dado que la identidad —y como tal, es violenta, porque produce xenofobia y agresión— es necesaria para producir un mundo pacífico, renunciando a todas las identidades, produciendo desidentificación y, por ende, un mundo homogeneizado bajo la bandera de la globalización capitalista. Solo se permiten las identidades arcoíris guetizadas que refuerzan el ciclo de consumo y producción de mercancías.

Ahora bien, este mecanismo desidentificador de la globalización combina inextricablemente violencia e identidad, tomando prestado el título de un importante estudio de «Amarti a Senna» (Violencia, Identidad). O la idea misma de que la violencia y la identidad son inseparables. Que hablar de identidad significa infligir violencia a alguien que es otra identidad. Y bueno, este teorema no es en absoluto neutral. Si se me permite, tiene la misma lógica desastrosa que quien dijera que para vencer la neumonía hay que extirpar los pulmones. Ahora bien, es claro que la neumonía es una posible patología pulmonar que debe combatirse, pero ciertamente no eliminando los pulmones. Así como el identismo violento, regresivo y xenófobo es una posible patología de la identidad, que debe combatirse, pero sin eliminar la identidad misma, que, como dije, es la base de cualquier posible diálogo multicultural y multiidentitario. Por eso el discurso del capital pretende producir un diálogo de identidad, pero en cambio produce un mundo sin identidad y, por lo tanto, sin diálogo. Un mundo bajo la bandera del monólogo de masas, de los últimos hombres, de los ermitaños de masas de la civilización tecnologizada y posidentitaria de nuestro presente. Y es precisamente por estas razones que la defensa de la identidad hoy en día tiene un valor de resistencia a los procesos nihilistas del capitalismo, que se ven contrarrestados por la necesidad de una relación

verdaderamente multicultural y multiidentitaria. Una relación entre identidades que se reconocen mutuamente en su diferencia y en su relación. Es particularmente importante recordar esto, ya que la imagen misma del hombre occidental, como se revela en la figura de Odiseo, es la imagen de la identidad y la diferencia.

¿Qué más hace Odiseo sino aventurarse en el otro, aventurarse en otro lugar, encontrarse con diferentes civilizaciones y luego regresar a Ítaca, aún más consciente a través del diálogo con la otredad? Odiseo viaja, y la experiencia es él mismo: un viaje (**"er fährt"**), como dicen los alemanes, una experiencia como viaje, un viaje hacia la otredad. Uno entonces regresa a sí mismo enriquecido por la experiencia de la otredad. Esto es también lo que Hegel expresa magníficamente con las leyes de la dialéctica. Leyes de la dialéctica en virtud de las cuales la otredad, y por lo tanto ser otro, es un paso fundamental para llegar a ser plenamente uno mismo. No existiría una plenitud de ser uno mismo, si uno no pasara por la otredad, por la negación del yo y por la apertura al otro. Es la negación del yo, que en realidad nunca es una negación del yo, sino más bien un empoderamiento del yo, tal como Ulises afirma ser (*Οὐτις*-NADIE), *La frase "Nessuno al Cíclope" se refiere a la estratagema de Odiseo en la historia de la Odisea, donde se identifica a sí mismo como "Nadie" (Οὐτις en griego, que significa "nadie" o "ninguno") para engañar al cíclope Polifemo y escapar de su cueva.*

Pero en realidad es él mismo, y se vuelve aún más, a través de la transición, desde la otredad.

Un sujeto que, como la civilización del consumo hoy, permanece perpetuamente dentro de sí mismo. Desconectado, autorreferencial, cerrado en sus propias actividades de consumo y prácticas de autismo masivo: (la civilización de Robinson Crusoe, como diría el viejo Marx.) Es un sujeto que no es plenamente él mismo. Porque somos sujetos relacionales, y por lo tanto nuestra identidad como sujetos y como pueblos siempre se constituye en las relaciones. Así, a diferencia del muro que impone una lógica disyuntiva. Es por lo tanto la diferencia con la homologación globalizada que impone una lógica imperialista que incluye y neutraliza todo; las relaciones son la base de la identidad. La identidad es un concepto relacional que presupone esa relación entre yo y tú —como la definió Martin Burger, la relación entre el sujeto y el otro

sujeto como fundamento de la identidad misma. No puedo ser yo mismo sin estar en relación contigo, sin abrazar tu otredad, sin construir mi identidad a través de la relación con el otro. Es decir, contigo como otro. Para esto, creo, debemos valorizar las identidades. O si quisiéramos unir plenamente a dos figuras de la Grecia clásica, hoy necesitamos a Espartaco, el que lucha contra las cadenas para lograr la emancipación, y necesitamos a Telémaco, el que desea el regreso del padre como emblema de la identidad. La identidad, es decir, el proceso por el cual somos nosotros mismos al incorporar nuestra tradición, representada por la figura del padre. No es casualidad que los griegos usaran la palabra (Patronímico) para describirse a sí mismos. ¿Quién eres tú? Soy Telémaco, hijo de Odiseo. ¿Quién eres tú? Soy Aquiles, hijo de Peleo. La identidad es algo que se construye con el tiempo; es naturalmente relacional y constitutivo de nuestra existencia en el mundo. Un mundo sin identidad ni diferencia es un mundo nihilista, vacío de significado. Esto se aprecia claramente si se piensa en la paradoja de la globalización, que promueve la idea de una cultura global única.

Pero sabemos que esto es un disparate, ya que la cultura siempre existe en plural, como la identidad.

Una única identidad global, al igual que una única cultura global, simplemente no puede existir. Porque las culturas y las identidades existen en plural como relaciones entre culturas, como relaciones entre identidades. Por eso, frente a la globalización nihilista y relativista, es más necesario que nunca afirmar esa relación relacional entre identidad y diferencia.